

DARÍO PUCCINI

ALEIXANDRE Y HERNÁNDEZ :
HISTORIA DE UNA AMISTAD
EN LA POESÍA

Todos los que se interesan por la literatura española contemporánea saben que Vicente Aleixandre, con su presencia constante, es y ha sido un maestro, o más bien, «el Maestro», para tantos poetas españoles jóvenes y para tantos otros que ya no lo son. Estos han acudido a la casa de Velintonia 3 desde los años anteriores a la guerra civil hasta los días de hoy, y aquellas paredes silenciosas y algo solemnes han resonado de palabras poéticas, o, algunas veces, de simples balbuceos prepoéticos. Así a los «poetas nuevos», Aleixandre dedicó el «Discurso de apertura del curso en el Instituto de España», por invitación de la Real Academia Española (1955), como antes había alentado las vocaciones de cada una de esos mismos poetas.

Miguel Hernández fue quizá el primero o uno de los primeros en disfrutar del consejo y de la amistad de Aleixandre. Todos saben que durante su estancia en Madrid, en el año 1934, Miguel frecuentó las casas de Vicente Aleixandre y de Pablo Neruda («la casa de las flores»), y, gracias a ellos, con su sencillez de «pastor poeta», o mejor de «poeta pastor» o ex pastor, nunca olvidó aquellos días de fraternidad humana y literaria. A causa de esta amistad, Miguel perdió en parte la del personaje principal del sodalicio literario de Orihuela, el joven intelectual de provincia Ramón Sijé, que veía en la influencia de los dos poetas sobre Miguel una influencia contraria al tradicionalismo católico y a la literatura «con olor a sacristía», como Neruda después tuvo la oportunidad de decir con su ironía precisa y algo contundente. Miguel, pensando en Aleixandre y Neruda, escribió dos odas hábilmente miméticas y ecuanímente paralelas: la «Oda entre arena y piedra a Vicente Aleixandre» y la «Oda

entre sangre y vino a Pablo Neruda», y después dedicó a cada uno de ellos dos libros: *Viento del pueblo* a Vicente Aleixandre y *El hombre acecha* a Pablo Neruda.

Después... después vino la guerra, las cárceles y la muerte de Miguel, el silencio oficial sobre esta muerte (que fue uno de los tantos crímenes que se cometieron en los días oscuros de la posguerra y del régimen de Franco) y la dificultad de recoger las obras éditas e inéditas del poeta de Orihuela.

Los que se han ocupado de la poesía de Miguel Hernández saben que les fue imprescindible —por varios años— establecer un contacto con Vicente Aleixandre, que siguió siendo el mejor «embajador» o «pasaporte» para llegar a la obra de Miguel y a la confianza de Josefina Manresa, la extraordinaria viuda del extraordinario poeta.

Mucho se ha escrito acerca de la influencia que ejerció Vicente Aleixandre sobre Miguel Hernández a partir del año 1934. Esta influencia se encuentra sintetizada en la «Oda entre arena y piedra», ya citada: pero podría verse —como probablemente ya se ha dicho— en muchos versos de la obra de Miguel donde su fantasía visionaria venía a coincidir con destellos metafísicos, de Vicente Aleixandre. Pero los dos poetas eran sustancialmente distintos, porque entonces la imaginería visionaria de Aleixandre coloreaba cielo y tierra, mar y arena, ríos y «límites» (palabra tan aleixandrina) de un mismo afán de amor y destrucción; y la de Hernández no podía olvidar el barro y la sangre de su origen y de su destino (o «sino») trágico y terrenal...

Pero mucho —repito— se ha escrito acerca de todo esto. Mucho menos, que yo sepa, sobre cierta influencia de H. sobre A. Por lo visto, esta influencia de un poeta desaparecido prematuramente sobre un poeta ya con sus años a cuestas y una personalidad y una obra ya tan marcadas, se articula y se caracteriza principalmente en dos elementos: el de la honda impresión que sin duda dejó en A. la muerte «injusta» de su entrañable «amigo en poesía» (y quizá en cuántos y cuáles cauces subterráneos corrió este sentimiento) y el de un recuerdo-homenaje, consciente o inconsciente, del poeta vivo hacia el poeta muerto. Las dos cosas acaso coincidan porque resulta que cada vez que más se acerca en A. la imagen de la muerte, más fuerte se hace esa influencia.

El proceso —que corresponde a un fenómeno en conjunto bastante limitado— empieza con el libro *En un vasto dominio*. Cuatro son los puntos de coincidencia: dos secundarios y dos muy significativos. Cuando A., a lo largo de todo un poema («El sexo»), compara el sexo con un fruto:

Fruto de carne o masa
de carne congruente,

puede ser que se acuerde de la imagen de H.:

...como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle con un fruto

(«El rayo que no cesa»);

y cuando compara la frente a una terraza («La cabeza»),

La terraza que asoma,
frente humana ante el mundo,

puede ser que rememore la carta de Miguel, desde la cárcel de Ocaña, donde decía que los piojos se le habían subido «a la terraza de los pensamientos».

Pero más cierto es que este verso, donde la escoba
es flor humilde para los suelos ciertos

(«Cuarto par», 8)

haya nacido bajo la influencia del poema «Ascensión de la escoba», en el cual compara dos veces la escoba con una flor («rosa» y «azucena»). Pero más interesante y curioso es el caso de este verso de A.:

pedazos de vivir que entregan vida

(«Estar del cuerpo»)

que puede haber surgido de estos versos de H.:

para vivir, con un pedazo basta:
en un rincón de carne cabe un hombre

(«El tren de los heridos»)

O, al contrario, puede ser que estos últimos hayan nacido de un poema de A., contenido en el libro que H. tanto amó. *La destrucción o el amor* (vivir = morir):

Para morir basta un ruidillo,
el del otro corazón al callarse.

(«Vida»)

que A. repetía dos veces en sus *Poemas de la consumación*: una vez («Cumple») así como habían aparecido en *La destrucción*, y otra vez con una variación

Para morir basta un ocaso...

(«Moisés es el viejo»)

El morir. Como decía antes, la imagen de la muerte, que en la obra de H. está siempre presente, hace que *Poemas de la consumación*, que son los poemas de la decadencia de la vida, sea el libro donde la huella de H. es más profunda. Además de la coincidencia antes señalada, hay allí al menos cinco puntos de parecido:

- 1) En el poema «Cumple» encontramos el verso:

Pero nunca despiertes,

que se remonta a las «Nanas de la cebolla» de H.:

Desperté de ser niño:
nunca despiertes.

- 2) El poema «Llueve» de A. aparece como si fuera escrito bajo el influjo de la canción 85 del *Cancionero y romancero de ausencias* de H., que empieza así:

Llueve. Los ojos se ahondan
buscando tus ojos, esos
dos ojos...

En primer lugar, porque ambos se refieren a una imagen perdida (el «tú» del poema); en segundo lugar, porque ambos están contruidos en forma anafórica («llueve»); en tercer lugar, porque en ambos el color predominante es el gris; y, en fin, porque la lluvia tiene en ambos una connotación metafísica y una dimensión cósmica. Véanse estos versos del poema de A. y, después, otros del poema de H.:

Húmedo de recuerdo el beso llora
desde unos cielos grises
delicados.
Llueve tu amor mojado mi memoria
y cae y cae. El beso
al hondo cae. Y gris aún cae
la lluvia.
Llueve como si llorara
raudales un ojo inmenso,
un ojo gris, desangrado,
pisoteado en el cielo.

- 3) El título «Cercano a la muerte» de A. recuerda el título «Vecino de la muerte» de H.

- 4) En el poema «Permanencia» de A. hay cuatro versos (estupendos):

Pero la carne es sueño
si se la mira, pesadilla si se la siente.
Visión si se la huye
Piedra si se la sueña,

que parecen libremente inspirados en las composiciones binarias carne-sueño y sueño-piedra de «Hijo de la luz y de la sombra» y de «Sepultura de la imaginación» de H.

El quinto y último parecido es sin duda el más importante, y va de *Poemas de la consumación* a *Diálogos del conocimiento* de A. Cuando A. escribe versos como:

Sólo bordes encuentro. Sólo el filo de voz que en mí quedara
(«Como la mar, los besos» - DC)

o estos:

Qué soledad de lumbres apagadas
(«Los amantes viejos» - DC)

o también:

Yo soy sombra en la sombra
y en la sombra me aplaco...
(«El inquisidor, ante el espejo» - DC)

su memoria poética va a los últimos poemas de H., y sobre todo el poema «Eterna sombra». Pienso principalmente en versos visionarios del tipo:

sombra con sombra, contra la sombra hasta que ruede...
(«Sigo en la sombra, lleno de luz...»)

O, más bien, en varios versos de «Eterna sombra»:

Yo que creía que la luz era mía
precipitado en la sombra me veo...
Siento que sólo la sombra me alumbraba.
Sólo la sombra. Sin astro. Sin cielo...
Busco. No encuentro ni rastro del día.
Sólo el fulgor de los puños cerrados...
Soy una cárcel con una ventana
ante una gran soledad de rugidos...

Son coincidencias, repito, algunas veces emblemáticas. Y, son, en conclusión, a mi modo de ver, el más alto y poderoso homenaje que Vicente Aleixandre ha dedicado a su inolvidable discípulo y amigo Miguel Hernández.

[*Ínsula*, núms. 374-375, en.-feb. 1978]